Folleto
9-054
And
C.

EXPLOSIONES

EN LA

CIUDAD DE LA HABANA EN 1896

POR EL COMANDANTE

ARMANDO ANDRÉ

PRIMERA EDICION
Abril, 1901

HABANA
IMPRENTA AVISADOR COMERCIAL
AMARGURA 30



ARMANDO ANDRÉ.

EXPLOSIONES

EN LA

CIUDAD DE LA HABANA EN 1896

POR EL COMANDANTE

ARMANDO ANDRÉ

PRIMERA EDICION
Abril, 1901

HABANA
IMPRENTA AVISADOR COMERCIAL
AMARGURA 30



NO CIRCULANTE

PROCEDENCIA Compra Lib. Avellaneda
H-53254 94 99
FECHA 91-03-25 $100

Folleto
9-054
AND
E

Introducción

A ruego de muchos amigos, á quienes debo consideración y cariño, me decido á lanzar al público estas líneas desaliñadas; que no tienen otro objeto sino revelar los hechos ciertamente como sucedieron y las causas que los motivaron.

Muchos, por interés particular y mezquino, han querido disfrazar la historia para hacerse *padre de la criatura;* por eso, sin otras pretensiones, me dispongo á la publicación de esta primera parte de mi vida revolucionaria.

Pudiera ser que este relato adolezca de grandes defectos en su forma literaria, pero cuento de antemano con la benevolencia de mis lectores, en aras de una exactitud histórica, razón por la que lamento sobremanera tener que presentar la excelsa personalidad del General Máximo Gómez, en un aspecto que no le hace favor alguno; pero estoy desautorizado por mi conciencia para transfigurar los hechos en beneficio suyo, y he de presentarlo tal como lo conocí en la primera, única y última entrevista que tuve la desgracia de celebrar con él.

A los que personifican el patriotismo en ídolos, les parecerá impropio y duro este lenguaje con referencia al General Gómez, pero en cambio los sensatos, los que saben apreciar todo el valor y la delicadeza de la dignidad de un hombre, me escusarán, y ante ellos quedará justificado que yo hable de él en los términos que lo hago.

Mi entrevista con el General Gómez duró dos horas escasas. No me conocía, ni tenía de mí informes buenos ni malos. Por primera vez me veía y me ofendió gravemente, cometiendo en mí la mayor de las injusticias, y el incalificable abuso de vejar á un hombre sin defensa, protegido por su posición invulnerable de General en Jefe del Ejército Cubano.

Yo pongo en la balanza de mi juicio, de un lado los méritos indiscutibles por él contraidos en esta tierra, sus glorias militares, que envidiaría Simón Bolívar, su heroismo, su amor á la Libertad que ha demostrado, su intachable honradez, por todos reconocida, incluso yo mismo, sus servicios á Cuba desinteresados y múltiples; todas estas cualidades honrosas y especiales, que yo convengo se encuentran en él reunidas para hacerlo acreedor á la mayor de las recompensas que puedan conferirle los cubanos, y del otro lado de la balanza, la ofensa que de él recibí, la herida abierta en lo más delicado de mis sentimientos; y el peso enorme que esto causa, arroja con violencia del platillo opuesto todos sus méritos y cualidades al espacio del olvido y de la consideración menos estimada.

¿Es censurable que yo sienta y diga esto? Respondan mis lectores después de haber leido la siguiente relación:

Mis primeros tropiezos

En los primeros días de Marzo del año 1895, fuí preso en Remedios al intentar alzarme en armas contra el Gobierno de España, por lo que tuve el honor de ser compañero de encarcelación del General Francisco Carrillo.

El General español Luque me puso en libertad un mes después, diciéndome:

—Gracias á su condición de ciudadano americano, queda Vd. libre, pero obligado á salir de la Isla inmediatamente. Y le advierto, joven, que el que se mete en política le huele la cabeza á pólvora!...

Por eso formé número en los primeros expedicionarios reclutados en Tampa por el General Enrique Collazo.

Bien se conocen los fracasos de esa expedición y los sufrimientos de todos géneros por que pasamos los que la componíamos, en los que llevé la peor parte, pues, para recuerdo imperecedero, me hirieron en una pierna de un tiro de revólver, festejando el 10 de Octubre de ese año.

Varios meses estuve mortificado de esa herida, á la par que persistían los fracasos de esa expedición, hasta el extremo que parecía estar condenada á no salir nunca de Tampa, arenal que consumía nuestra paciencia y acrecentaba el anhelo de pisar la Tierra de Promisión: Cuba Libre.

Un día nos vino á visitar el Sr. Tomás Estrada Palma, Delegado de la Revolución en el extranjero. Y hube de enterarme que buscaba á un hombre de confianza que quisiese ir á Cuba por la vía más rápida para llevarle al General en Jefe varios documentos de importancia. Uno de éstos, se me dijo, anunciaba el punto de desembarco de la expedición Collazo.

Avido como estaba de salir de allí, me brindé al Sr. Estrada Palma para prestar ese servicio, y aceptó mi brindis, despachándome en seguida con los referidos documentos y 25 pesos para el viaje. Era el mes de Febrero de 1896.

Antes de partir, me confió un médico amigo mío residente en Tampa, Dr. Lorenzo Montero, una carta voluminosa para el General Gómez, en la que, entre otras cosas, le proponía la realización de varias explosiones con dinamita en la ciudad de la Habana, con el objeto de infundir el pánico y el desconcierto entre el elemento rico español que acaparaba fuerzas y recursos contra la Revolución.

El Dr. Montero me explicó su plan y me animó á que lo prohijara para que yo lo ejecutara con la autorización previa del General Gómez, y, al efecto, me recomendaba en su carta como experto conocedor de la ciudad de la Habana y capaz de realizar el plan que proponía.

Realmente yo le presté muy poca atención al Dr. Montero. Y aunque me hice cargo de su carta y le prometí secundarlo en su proposición, mi afán único y exclusivo era llegar á Cuba Libre y servir á las órdenes del

General Gómez, á quien quería con verdadero entusiasmo sin conocerlo.

El heroe de Palo Seco y Las Guásimas se aparecía en mis sueños de guerrero como un gigante de proporciones colosales y el corazón le consagraba sus más delicados sentimientos y lo estimaba como al predilecto de los Jefes que luchaban por la libertad de Cuba.

Pelear á sus órdenes era mi deseo más ardiente, mi delirio incesante, mi obcesión. Y ya en vísperas de satisfacer esta aspiración no era posible que me fijara, ni tomara en consideración el plan del Dr. Montero. Tomé su carta como hubiera tomado todo lo que quisieran darme para el General Gómez. Le llevaba hasta mi vida para que dispusiera de ella á su antojo....

Y con mi paquete de documentos acondicionados en los zapatos, me embarqué en el vapor «Mascotte» con el supuesto nombre de Federico León, llegando sin novedad á la Habana el día 26 de Febrero.

En el transcurso de mi relación comprenderá el lector que compendio los hechos, prescindiendo de multitud de detalles que la harían interminable.

En camino

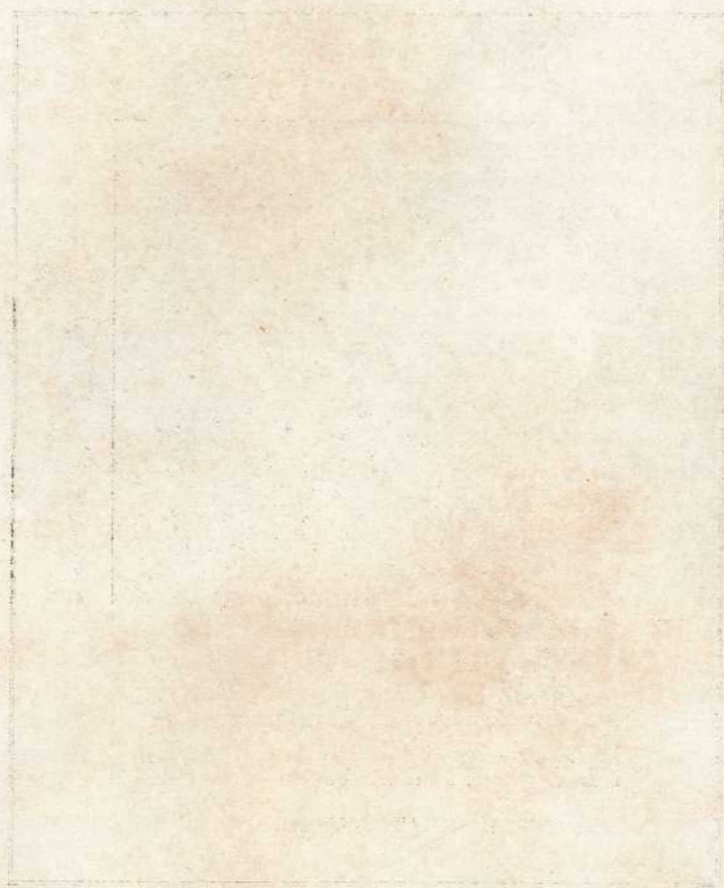
Ya en la Habana, me presentó Gustavo Aróstegui á un boticario llamado Julián Valdés, hábil y atrevido conspirador de aquellos tiempos, patriota de los pocos de corazón, generoso servidor á la causa de Independencia, que dió por ella expontaneamente cuanto tenía: un capital con el que vivía holgadamente, más su gestión personal, que fué valiosísima por la actividad asombrosa que le imprimía y el valor estóico que demostró en todos sus actos.

A Julián Valdés se le veía siempre recogiendo armas, ropa y medicinas que hacía llegar, por conductos que establecía, á poder de las fuerzas cubanas, que tenían en él su más celoso partidario. Y todo eso lo hacía de la manera más natural, sin cuidarse ni temer á nadie, buriándose siempre de la Policía española que despreciaba.

Equipaba de su peculio personal reclutas que en-



JULIAN VALDES.



caminaba al campo. Se le veía sereno y frío entre voluntarios y militares españoles recolectando balas que remitía á su destino. Andaba siempre con los bolsillos repletos de correspondencia revolucionaria. Era incansable en todos estos trabajos de laborantismo.

Julián Valdés, por su modestia excesiva y su desinterés fué un factor anónimo, pero importante, de la Revolución. Muy pocos lo conocen. ¡Cuántos cubanos han recibido de él beneficios sin cuento, que desconocían la mano que los prodigaba!...

No es posible enumerar los servicios prestados á Cuba por el filántropo Julián Valdés. Hoy vive olvidado en un botiquín que apenas le da para vivir. Ha sufrido decepciones miles, sin protestar, ni quejarse, al contrario, él sigue haciendo todo el bien que puede con los pocos recursos de que dispone.

Con este hombre tuve la suerte de tropezar en la Habana. Él formaba parte de una Junta de Conspiración que componían Alfonso López, Licenciado Alfredo Zayas, Angel y José Llanuza, Dr. González Lanuza, José Valladares, Hubert de Blanc, Adriano Silva y otros, entre los que se hallaba Miguel Beato Betancourt, que después fué un traidor.

Por mediación do este último, pude llegar hasta el Ingenio "Triunvirato" en Matanzas del Sr. Cristóbal Alfonso. Este señor y su apreciable familia me colmaron de finas atenciones. Sus hijas, Silvia y Beatriz, flores que luce nuestra patria enorgullecida, me colocaron en el sombrero la primera escarapela, que hubo de chasmuscarse después con pólvora.

El Sr. Alfonso me proporcionó un práctico, un caballo ensillado, un machete, botas y espuelas, dejando su amable compañía á las doce de la noche del día cinco de Marzo para partir á incorporarme á los valientes mandados por el General Antonio Maceo, que estaban acampados en el Ingenio "Saratoga," á dos leguas de distancia.

Por fin

Fuí recibido por el General Maceo con su acostumbrada cortesía, felicitándome por haber cruzado las filas españolas con aquellos documentos y departió conmigo llana y francamente.

No me separó de su lado durante ese día en que tuvimos un combate en el Ingenio "Diana." Cuatro horas de un fuego incesante de fusilería del que salió muy mal parado el General español Molina. Allí pude admirar al Gran Maceo, tan noble y caballeroso y de un valor no superado por nadie todavía.

No cabía en mí de gozo y entusiasmo. Al fin, ya estaba entre los míos, de los que no pensé separarme hasta la terminación de la guerra. Ni por la imaginación me pasaba el Dr. Montero y su plan. Absorbía mis pensamientos todos el afán de compartir con los cubanos los azares de la campaña.

Dos días después me conducía el Coronel Guillermo Acevedo á encontrar al General Gómez que marchaba por el Sur de Matanzas.

Recibimiento del General en Jefe

Nunca he experimentado un dolor comparable al agudísimo que sufrí en el alma el día que llegué á presencia del General Gómez.

Día tan deseado, que cuando se aproximaba el instante en que iba á verlo por primera vez en mi vida, sentí la misma emoción intensa que la del galán enamorado ante la proximidad de su amada ausente.

Yo quería mucho á aquel Titán de las Revoluciones por la Libertad, por eso fué más cruel la decepción que me deparó á guisa de recibimiento.

Parece que él tenía noticias de que yo me acercaba, porque le oí exclamar cuando ya estaba á pocos pasos de él:

—¿Dónde está ese personaje? Esto dicho en un

tono que á mí me desagradó mucho y que me hizo recordar súbitamente de algo que yo había olvidado por completo: la versión que siempre existió respecto al genio adusto y grotesco que lo caracterizaba.

Me acerqué entonces á él, prevenido.

No me contestó el saludo que le hice. Me miró solamente de arriba á abajo con expresión chocarrera y burlona, diciéndome, impaciente:

—Vamos á ver, ¿qué trae Vd.?

Disgustado ante aquel modo de recibirme, reñido con las buenas formas de educación y cortesía, le entregué el paquete de documentos que le traía y esperé en el mismo sitio, trémulo y pesaroso. El General, mortificado con mi presencia, me dijo airado:

—Bueno, hombre, retírese para allá! Y me señaló desdeñosamente con la mano un sitio retirado.

Desde allí, sensiblemente alarmado, pude observar aquel rostro seco, de una dureza de acero en la expresión, gritando órdenes, gesticulando como quien se encuentra molesto y contrariado, regañando, insultando á varios que se encontraban cerca, todo esto á la vez que leía á trechos.

De pronto se interrumpió con visible sorpresa, al ver pasar por aquel lugar un viejo Comandante y lo llamó diciéndole de este modo:

—Comandante Betancourt! venga acá!... qué ganas tenía de verlo! he sabido que es Vd. un plateado, un ladrón, un sinvergüenza!!... vengan dos ayudantes acá! (y se presentaron en el acto dos, sumisos y dispuestos) desarmen ese canalla!... quítenle la cartera y regístrenla que debe traer dinero robado!... amárrenlo!...

Y estuvo un buen rato vejándolo, cubriendo de insultos espantosos á aquel hombre que ostentaba dos estrellas en la bandolera y una hermosa barba blanca que le cubría el pecho, dándole á su fisonomía un aspecto respetable y simpático.

Aun sin conocer las causas que promovían aquella escena desagradable y repugnante, fué tal el escarnio sufrido por el viejo comandante que predisponía en seguida el ánimo á su favor.

Al fin se lo llevaron maniatado después de haberlo despojado de cuanto llevaba en armas y bagajes.

El General agregó:

—Hay que matar ese hombre!... es necesario lavar con sangre la República nueva!...

Yo me dije que algo muy grave habría cometido.

Pero de lo que no me dí explicación alguna, lo que me dejó pasmado y atemorizado, fué lo que presencié pocos momentos después.

Se le presentó al General, un muchacho como de quince años, perfectamente armado y equipado, un mambisito simpático y digno á juzgar por el lugar en que se hallaba en tan temprana edad.

Se acercó, compungido y respetuoso al General y le dijo con voz trémula:

—Mayor, yo venía á ver si Vd. me hacía el favor de dejarme recojer unos recuerdos de mi madre que están en la cartera de mi padre (y señaló al montón de objetos, tirados al suelo, pertenecientes al Comandante Betancourt.)

El Mayor vociferó iracundo:

—Ah! con que tú eres hijo de ese canalla! tú no puedes ser bueno tampoco!... pichón de ladrón! tú tienes que salir como tu padre, sinvergüenza!... á ver desarmen á este bandido chiquito!... amárrenlo!...

Y aquel muchacho, que palideció como un cadáver y temblaba aterrorizado, pasó por el mismo baldón de su padre por el delito único de ser su hijo.

Apenas si podía caminar cuando se lo llevaron...

Las piernas se le doblaban al peso de la injusticia!...

De esto no quiero hacer yo una sola frase da comentario.

Me concreto estrictamente á relatar hechos que he presenciado y de cuya veracidad pueden dar fe muchos que conmigo se escandalizaron de aquellas escenas.

Precisamente en ese día, donde estaba acampado el General Gómez, en "El Galeón," hubo conjunción de fuerzas cubanas, encontrándose reunidos los Generales Maceo, Banderas, Lacret y otros jefes de menor categoría.

A poco el Mayor ordenó la marcha y sus fuerzas se

encaminaron rumbo á las Villas. El General Maceo se le separó rumbo á Vuelta Abajo.

Una vez en marcha, me llamó á su lado el General Gómez, ya calmado, y me dijo en son de mofa y riéndose simuladamente:

—¿Y Vd. es el Don explosivo? (y un murmullo de risa cundió en el Estado Mayor que le rodeaba).

Aquello me confundió completamente y no supe qué contestar.

Agregó el General secamente:

—De donde es Vd?

—De la Habana, le dije (hizo una mueca).

—Pero dónde estaba Vd. que se aparece ahora, cuando ya se ha acabado la guerra? (Corría el mes de Marzo de 1896)

—En Tampa, le contesté, donde me disponía á venir en la expedición del General Enrique Collazo.

—Va, va, Collazo no es General ni nada!, gritó (y dijo de él horrores). Vd. se recomienda muy mal!......los habaneros son una partida de saltimbanquis y bailadores, que no valen dos pesetas!......más inútiles que las mujeres!......(y agregó de los habaneros, ofensas que no quiero repetir, ofendiéndome, por ende, á mí, directa y gratuitamente).

Traté de hacerle algunas observaciones sobre la sin razón de aquel maltrato, pero no me dejo hablar.

—Cállese Vd! me decía, á cada tentativa mía de réplica; Vd. viene á ver qué partido le saca á la Revolución!......

—General!......

—Cállese Vd. le he dicho, Vd. no puede ser un patriota, ni ha venido con buena fe á la guerra cuando propone cosas irrealizables!

—Pero si yo no he propuesto nada, es el Dr. Montero quien......

—Cállese!! lárguese de aquí cuando quiera y vuélvase para la Habana!......aquí no se quieren figurines!...... váyase con Maceo y que lo mande á su casa!......no quiero verle más la cara......!vamos, hombre, que se largue!......

Todo esto dicho en el tono del más soberano desprecio.

Me separé de su lado atribulado y confundido......

Hacía muchos años que yo no lloraba y en aquel instante se me llenaron los ojos de lágrimas......

La indignación me ahogaba.

Despedido y ultrajado por aquel viejo General á quien yo veneraba, sin causa alguna que lo justificara, fué tremenda decepción que no esperaba, un golpe que me dió en mitad del corazón del que aún no estoy curado......

Mi anonadamiento llego á ser completo, pero cortos instantes nada más.

Después se irguió mi dignidad herida y mire al General Gómez con criminal intención;......pero afortunadamente para los dos, se me ocurrió volver á la Habana inmediatamente y realizar á toda costa el plan del Dr. Montero.

Si el éxito coronaba mi propósito me proponía buscar entonces al General Gómez.

Me decidí en el acto.

Volví los ojos y encontré á Aurelio Moreira, Ayudante de Campo, que presenció todo lo ocurrido (Moreira es hoy Teniente de Policía en el 9º Prescinto).

A él me dirijí para que me indicara por dónde podía ir á encontrar al General Maceo.

—Sigue el rastro que nosotros traemos en sentido inverso me dijo.

Otro Ayudante del General, el joven Sonville, me acompañó hasta la retaguardia de la fuerza y allí me despidió.

Me lancé solo por aquellos llanos, sin conocer el terreno cruzado de largas huellas en todos sentidos y por el que merodeaban fuerzas cubanas y españolas que se tiroteaban á menudo, apercibiendo yo claramente el tronido de las descargas, mientras marchaba á la ventura por los trillos que escogía mi caballo.

Sufría demasiado para haber temido en aquellos instantes un encuentro desagradable; al contrario, lo hubiera deseado, porque mi vida no tenía valor alguno para mí después de lo que acababa de ocurrirme.

Mi buena suerte me hizo alcanzar al General Maceo, sin novedad, después de dos horas de marcha.

Le conté lo acontecido con el General Gómez y trató de excusármelo.

Me colmó de atenciones con aquella amabilidad innata en él y me animó á la ejecución del plan-Montero, ofreciéndome su apoyo.

Me dió cartas de recomendación para los Delegados de la Habana y New York y me confió al General Rafael de Cárdenas (entonces Coronel) para que gestionara el modo de introducirme en la Habana.

El Coronel Cárdenas me llevó una noche al Ingenio «San Miguel» del Sr. Ricardo Casanova, quien me proporcionó lo necesario para llegar á la Habana, el día siguiente, en un tren de pasajeros que cruzó por el Ingenio.

Otra vez en la Habana

En el domicilio de mi madre, sito en Lagunas número 93, me alojé sin inconveniente alguno.

No traía recursos en metálico para llevar á efecto mi plan.

Ví á Julián Valdés, Alfonso, López y otros, que acogieron con entusiasmo el proyecto; pero había grandes obstáculos que salvar.

No había dinero, ni en toda la Habana se encontraba un adarme de dinamita.

Para buscar esos recursos me embarqué para New York en el primer vapor, utilizando el pasaporte con que hice mi primer viaje, á nombre de Federico León.

Le expuse al Sr. Estrada Palma el objeto y causas de mi presencia allí y le pedí auxilios.

Me entregó una carta orden para el Sr. Fernando Figueredo, Agente de la Delegación en Tampa, quien puso á mi disposición unas cuantas libras de dinamita y 200 pesos oro americano.

En Tampa me entrevisté nuevamente con el doctor Montero y entonces estudiamos y combinamos el plan, que era el siguiente:

Alquilar ó comprar el café y fonda «El Correo», sito en la calle de O'Reilly esquina á Tacón y que da frente á

los dos palacios: el que ocupaba el General Weyler y el del 2º Cabo.

Una vez en posesión del café, anchar los desagües del sumidero y escusado, que desembocaban en la cloaca existente en el centro de la calle.

A dicha cloaca venían también dos caños desahogaderos que partían de los dos palacios.

Introducirse en esos caños, que daban cabida á un hombre, y colocar en los cimientos de los dos edificios referidos un par de minas de dinamita de 100 libras cada una.

Explotadas éstas, no hubiera quedado por todos aquellos contornos una piedra parada, y el carnicero Weyler no perteneciera al mundo de los vivos; á más del efecto moral que un golpe de tal naturaleza hubiera producido en Madrid.

El pánico en la Habana tendría que ser total, y quedaba la ciudad en condiciones propicias de ser tomada por los nuestros. En este provecho pensó el General Maceo.

Este era el susodicho plan, que hubiera resultado fácilmente hacedero con el dinero suficiente para comprar el café y fonda «El Correo».

Pero no pude obtener más recursos que el ya expresado, que me entregara el Sr. Figueredo.

Y con la esperanza de que en la Habana acabaría de allanar todos los obstáculos, tomé pasaje, por tercera vez, en el «Mascotte», llevando como equipaje un baul de doble fondo, en el que se había acomodado la dinamita.

El Dr. Montero me prometió mandarme, en esa misma forma, la que faltaba para completar el cupo de 200 libras, que fué la cantidad convenida.

Pisé, pues, los muelles de la Habana, sin contratiempo.

Mi equipaje no llamó la atención, y pasó por la Machina, pervio un ligero registro, sin resultado desfavorable.

La dinamita la guardó Julián Valdés, y empezamos á gestionar la compra de «El Correo»...

Imposible fué conseguir el dinero necesario.

Hacía falta una cantidad ascendenie á 2 ó 3,000 pesos,

lo menos, y la caja de la Junta Revolucionaria estaba exhauta.

Hube de encontrar también oposición en muchos de aquellos con quienes me relacioné para la ejecución del proyecto, que lo calificaban de horroroso, agregando que eso iba á despertar el celo de la Policía—que en esa época dormía profundamente—y podían trastornarse ó paralizarse los trabajos de conspiración.

Pasaron varios días en estas luchas y gestiones, sin adelantar nada. Y en esto hizo el General José María Aguirre un pedido urgente de dinamita.

Julián Valdés le mandó la mayor parte de la que teníamos, confiando en que el Dr. Montero nos mandaría la ofrecida; pero el tiempo corrió y de Tampa no se recibió ni noticias.

Escribí varias veces y no obtuve contestación.

El poco dinero que traje ya había volado y los obstáculos cada vez eran mayores.

Entonces me presentaron una noche, en el Campo de Marte, á un asturiano llamado Ceferino Vega, que llegó á ser mi poderoso auxiliar, mi compañero de peligros; pero para hablar de él es necesario que haga capítulo aparte.

El Asturiano

Por ese nombre todos conocían á Ceferino Vega; es verdad que era nacido en Asturias, pero por sus hechos y sentimientos no se puede considerar sino por un cubano, y de los buenos.

El Asturiano profesaba, en otras épocas, ideas anarquistas; pero él confiesa que su único empeño era hacerle daño al Gobierno español, á quien odiaba.

Ama ingenuamente á esta tierra, donde ha formado una familia, y jamás se acuerda de su país natal más que para censurarle sus inicuos procedimientos pasados en oprimir y avasallar á Cuba.

No fué á la Revolución, como quería, porque materialmente no se lo permitieron nunca los que conspiraban en la ciudad, que en él tenían un brazo de acción de in-

calculable valor. Clamaba inútilmente por irse á la guerra. Era necesario en la Habana, donde era utilísimo por su condición de español.

Sus paisanos *lo conceptuaban conservador intransigente*, y él explotaba este supuesto en beneficio de la Independencia de Cuba.

Desde antes de estallar la guerra venía prestando servicios estimables.

Cuando nos conocimos, simpatizamos en seguida, porque precisamente mis propósitos constituían los suyos hacía tiempo y ya los tenía perfectamente estudiados.

Lo había intentado varias veces y la falta de recursos y otras causas, agenas á su voluntad tenaz, lo habían hecho fracasar.

Empezamos á trabajar juntos.

Cuando perdimos toda esperanza de comprar el café y fonda «El Correo», el Asturiano me indicó que podíamos introducir por la misma puerta de entrada una bomba y colocarla en los inodoros de Palacio, asegurándome el resultado si contábamos con dinamita de buena clase.

—Pues manos á la obra, le dije.

Pero se le había mandado al General Aguirre la dinamita de que disponíamos y de Tampa no se recibió nada, á pesar de los días que transcurrieron. ¿Qué hacer?...

Resolví hacer un nuevo viaje á Key West, animado por el éxito obtenido en los viajes anteriores.

Y efectivamente, no tuve tropiezo alguno.

El Delegado en Key West, José Dolores Poyo, me dió 30 libras de dinamita y algún dinero. En esta gestión me apoyaron el Dr Lucas Alvarez y Francisco Chenard.

En el domicilio de este último acondicionamos la dinamita en un baul de doble fondo y volví con él á la Habana.

Al desembarcar me ocurrió un chascarrillo digno de hacer mención.

El Inspector de Policía del Puerto, al revisar la lista de pasajeros, dijo en alta voz al leer el nombre de Federico León, con el que yo viajaba:

—Fierabrás, aquí otra vez? (y se sonrió).



CEFERINO VEGA "El Asturiano"



Aquellas frases me alarmaron y me dije: qué significa esto?...

Me adelanté entonces al encuentro del Inspector y le pregunté:

—¿Por qué me ha dicho Vd. Fierabrás?

—Porque el león es una fiera, me contestó, pero no se moleste Vd. don Federico, y disimúleme esta broma.

—No, si no me he molestado, pero me extrañó esas frases de Vd...(y estreché la mano del Inspector bromista, iniciando una amistad que había fecundado las veces que nos habíamos visto en mis frecuentes viajes).

Los preparativos

El Asturiano se hizo cargo de la dinamita y la guardó en su domicilio, calle de Omoa número 43.

Días después nos apoderamos de una casa vacía en la calle de San Nicolás número 147 y allí fabricamos la bomba.

Eramos tres: el Asturiano, un carpintero llamado Rafael Domínguez y yo.

Domínguez hizo la caja de madera con un forro interior de cobre que la hacía muy resistente y tenía por dimensiones, un pié cuadrado por tres y medio de largo. Su forma era oblonga. Parecía con su forro exterior de género negro y su agarradera de bronce, una caja de violín, ó cosa así. No podía infundir sospechas llevada con naturalidad.

Se amasó la dinamita para reducirla, á fin de que cupiera en la caja mayor cantidad. Operación peligrosa que había que hacer con las manos embarradas en aceite y que efectuó el Asturiano con la tranquilidad de un panadero en su artesa.

Yo preparé la mecha, que gradué á cinco minutos de duración. Haciendo allí mismo experimentos al efecto. Tenía la cualidad de humear mucho, pero no había modo de obviar este inconveniente y había que conformarse con él.

La mecha, en uno de sus extremos, llevaba un fulmi-

nante muy activo que se introdujo en el centro del amasijo, enroscando aquella hacia un lado dentro de la caja.

Por un agujerito practicado en una esquina de ésta asomaba el otro extremo de la mecha que debía recibir el fuego.

Finalmente, se cerró la caja con fuertes tornillos y quedó terminada esta primera parte de la operación.

Cada uno se marchó á su domicilio llevándome al mío la bomba, que guardé cuidadosamente.

Salí en seguida y me dirigí á Palacio para estudiar sobre el terreno como iba á conducirme el día siguiente, fijado para realizar el acto.

El Ayuntamiento estaba donde mismo está hoy, ocupando la parte del Palacio correspondiente á las calles de Obispo y Mercaderes.

Noté que por esa parte entraba y salía una verdadera muchedumbre cuya tranquilidad é inconciencia de lo que iba á suceder me hizo pensar en el éxito más completo. Me confundí entre ella y entré por la gran puerta que da á la calle del Obispo.

En la planta baja había oficinas y una imprenta militares. Avancé hasta el corredor interior que circunda el patio y torcí á la izquierda, dirigiéndome á los inodoros que estaban en el ángulo comprendido por las calles de Obispo y Mercaderes.

Este sitio me pareció el indicado para el acto, pues perpendicularmente á los inodoros y en la planta alta tenía el General Weyler su despacho. Esto lo averigüé allí mismo en aquel momento, interrogándole á un empleado que me tomó por un repórter de la prensa.

Quedé satisfecho de mi exploración y me retiré hacia fuera sin haber llamado la atención á nadie.

Nada me hacía temer en un fracaso y me alejé del Palacio dedicándole un recuerdo al General Gómez.

Ya estaba seguro de desmembrar el juicio que él tenía formado de los habaneros y hacerlo retractar del concepto triste que mi presencia le inspiró.

La explosión en Palacio

El 28 de Abril de 1896, á las once de la mañana, partí de mi domicilio, Lagunas número 93, en un coche de plaza llevando la bomba de dinamita.

Me dirigí primero á San Miguel esquina á Industria, donde ví á Julián Valdés para anunciarle el golpe, á fin de que no se enseñaran mucho ese día los que podían temer algo de la Policia.

Cambié de coche en este punto dirigiéndolo á la calle de Obrapía esquina á Oficios, conde estaba el Asturiano esperándome.

Le ordené que se aproximara á Palacio y esperara por sus alrededores, por si podía auxiliarme en caso de una desgracia. Estábamos armados de revólver.

Tomé solo por Oficios á pié con la bomba que pesaba mucho, 23 libras que querían quebrarme el brazo.

De su peso deduje el mejor resultado y dupliqué mis fuerzas.

Doblé Obispo y resueltamente entré por la puerta principal del Ayuntamiento.

A esa hora no se veía gente ninguna. Sólo el portero que me dió los buenos días gratuita y beatíficamente.

Recorrí el mismo trayecto andado el día anterior, llegando á los inodoros con paso natural y sin encontrar á nadie en mi camino.

Me encerré en uno de aquellos departamentos, dejando casi caer la bomba que me dejó el brazo entumecido y con un tabaco que de antemano había encendido al dejar el coche, le dí fuego á la mecha.

Esta humeaba al arder, produciendo un sonido seco como el de un escape de vapor y exhalaba un olor á azufre, insoportable.

Abandoné en seguida aquel departamento dejándole cerrado y crucé el corredor con dirección á la puerta por donde había entrado; pero hube de confundirme un poco, é inadvertidamente entré en una oficina de militares.

Uno de ellos me salió al paso, preguntándome:

—Donde va Vd?

—Para afuera, dije. Y me señaló la salida por la puerta principal que dá á Plaza de Armas. En ella había una guardia de voluntarios que ni se fijó en mí, y al fin respiré en la calle.

A la sazón cruzaba un coche de plaza y me metí en él.

—Parque de San Juan de Dios! grité al cochero, que tomó por Mercaderes y ya frente al Colegio de Abogados sentí la tremenda explosión. Un tronido que extremeció el espacio y el coche donde iba.

Ya!, me dije, experimentando un desahogo, y miré por la ventanilla para gozar en la contemplación de una nube de polvo y la desaparición del Palacio, que era el resultado que esperaba; pero una zozobra cruel vino á sustituir mi alegría, el Palacio se erguía aún grave é impeturbable......¿qué habría pasado?

El cochero exclamó azorado:

—¿Qué es eso?......

—Un correo que habrá entrado, le contesté; arrea!

Y en San Juan de Dios abandoné el coche volviendo á pié por Aguiar y Obispo nuevamente á Palacio.

Ya había allí una apiñada multitud haciendo mil comentarios.

Lo primero que hice fué averiguar si había caido Weyler, pero no existía rumor alguno que confirmará mi deseo. No se lamentaban desgracias personales.

Empecé á sufrir mi descalabro.

En los primeros momentos se atribuyó el hecho á la explosión del motor de la imprenta militar. Otros opinaban que los gases del escusado la habían producido.

Con algunos curiosos pude entrar en Palacio en momentos en que sacaban los voluntarios á un pobre viejo amarrado, que se les hizo sospechoso porque lo habían encontrado temblando en mitad del patio y sin poder articular palabra.

Ví los desperfectos, que consistían en la destrucción total del departamento de inodoros, varios tabiques contiguos habían caido, por el suelo se veían esparcidos persianas y vidrios rotos......Total, nada en relación á mis propósitos.

Hubieron dos heridos leves.

Weyler estaba en su despacho con varios periodistas y Jefes del Ejército Español. Supe que se había estremecido en su asiento; pero seguía vivo y sano.

Salí de allí triste y abatido, quemándome el corazón el recuerdo de aquella frase del General Gómez:

"¿Y Vd. es el Don Explosivo?"

Haber hecho todos los esfuerzos y apelado á todos los recursos á mi alcance, por no merecerme ese título dicho así en desprecio, y fracasar al final, era una desgracia á la que no podía conformarme.

¿Por qué la bomba no hizo el estrago que debió haber hecho?

Lo supe días después, consultando el caso con varios inteligentes en la materia, quienes examinaron un resto de dinamita que conservaba y convinieron que era de ínfima clase. No tenía más que un 10% de sustancia explosiva y sólo la usaban en los Estados Unidos para abrir pozos y minas, expendiéndola, al por menor, en las ferreterías como sustancia casi inofensiva.

De modo que había perdido mi tiempo y arriesgado mi vida inútilmente.

Pero eso no se podía quedar así y me propuse insistir en la demanda.

Mi misión en la Habana no había terminado y estimé ridículo abandonar el proyecto y presentarme al General Maceo sin haber hecho nada, haciendo bueno el concepto del General Gómez, y tomé nuevos alientos.

Había que proceder con tiento porque la Policía se había puesto sobre aviso después de la explosión de Palacio, y Sabater, Prats y comparsa andaban hechos unos perdigueros.

De viaje

Volví á New York é imploré del Sr. Tomás Estrada Palma nuevos recursos y el dinero suficiente para comprar el Café y Fonda "El Correo."

Respecto á este punto me contestó que no podía distraer de la Caja de la Delegación, dinero alguno que no fuera para armas y municiones.

Dinamita y otros accesorios sí estuvo dispuesto á facilitarme, influenciado por el Dr. Joaquín Castillo Duany, Sub-Delegado de la Revolución en el Extranjero, y al fin acepté lo que me quiso dar.

En Tampa se formó un Comité secreto que se comprometió á agenciarme los recursos necesarios, quedando al efecto, en constante comunicación conmigo mientras durara mi permanencia en la Habana.

Este Comité lo componían los Dres. Julio San Martín, Grande Rossi, Echevarría, Cuervo, Montero y otros.

Se discutió la calidad de la dinamita y opinó el Comité que no podía emplearse sino una de la misma clase á la que yo había usado, pues una dinamita de calidad superior exponía al riesgo de explotar al menor golpe que recibiera en la conducción, y era fácil un desgraciado accidente en el mismo vapor "Mascotte," donde era sabido no se trataban con mucha delicadeza los bultos de equipaje.

A esta razón convincente se optó por seguir empleando la primitiva, supliendo la calidad por la cantidad.

Respecto al dinero necesario, no pudo recolectarse por el momento; pero el Comité me ofrecía garantías respetables y en la confianza de que nada me faltaría, retorné á la Habana con un baul de dinamita.

Un mal rato

Al desembarcar junto con los pasajeros en la Machina, noté que cerraron la reja de salida, cosa que nunca se había hecho. Y el Inspector de buques, Sr. Obregón, em-

pezó á llamar á su gabinete á determinadas personas del pasaje á las que hizo sufrir un escrupuloso registro.

Esto me desagradó mucho porque yo traía correspondencia para la Revolución, entre ella, una carta del Sr. Estrada Palma al Dr. José Antonio González Lanuza en la que me recomendaba muy eficazmente para que me auxiliara en la realización de mis proyectos.

Además, traía en la cintura un gran revólver calibre 44.

Si á Obregón se le ocurría registrarme no había salvación posible.

Distinguí de la parte fuera de la reja á Julián Valdés entre un grupo de curiosos.

Lo llamé, con intención de darle todo aquello que me comprometía; pero una pareja de Orden Público no le permitió acercarse á la reja.

Entonces oí que me llamaron del gabinete del Inspector.

Acudí haciendo un gran acopio de serenidad.

El gabinete quedó cerrado tras de mí y me encontré solo con el Sr. Obregón.

Este se adelantó con ademán de registrarme, diciéndome:

—Yo necesito saber qué trae Vd. en los bolsillos.

—Nada, le dije, retrocediendo dos pasos; dos cartas de familia sin importancia alguna para Vd.

Obregón siguió avanzando lentamente, abarcándome en una mirada de inspección.

—Pero yo necesito verlas, agregó,

—Yo no tengo inconveniente en enseñárselas á Vd., pero le advierto que yo soy ciudadano americano como podrá Vd. ver en mi pasaporte. Yo no tengo que ver nada con este país y piense que á mí no se me puede registrar así...

—Bueno, deme esas cartas (y se conformó con dos que le dí sin ningún interés y que no me comprometían en nada).

Después que Obregón leyó las cartas, me las devolvió satisfecho y hubo mi aspecto de inspirarle confianza, porque añadió cándidamente:

H.53257
Fol/foto 9-057 AND E
NO CIRCULANTE



—Vd. dispensará que lo haya molestado, pero hay noticias que entre los pasajeros viene un pájaro de cuentas... (guiñó un ojo y siguió diciéndome, casi familiarmente).—Yo lo conozco á Vd. y ya sé que es un comisionista, dígame, ¿Vd. no se ha fijado en algunos de los que vienen, quien le haya infundido sospechas de laborante, ó cosa así?... vamos, ya Vd. me comprende...

—No, señor, le contesté; yo no conozco á nadie en el pasaje y el único que me ha llamado la atención por lo reservado, es aquel que está allí, (y señalé por la puerta entrejunta á un señor que se paseaba muy tranquilo y que yo sabía era el dueño de la Fábrica de Tabacos "La Rosa Española," de Tampa, español él y de los intransigentes).

—No, ese no, hombre... Ese yo sé quien es...

Y me despidió dándome mil excusas por la molestia que me causara.

Zozobras y fracasos

En la Habana me encontré con que la Policía había hecho varias prisiones. Una de estas víctimas fué Alfonso López, que tuvo la osadía de salir al campo á entrevistarse con el General Aguirre, siendo preso á su regreso y maltratado inhumanamente por los españoles.

Lo sustituyó en la dirección de la Junta Revolucionaria el Dr. González Lanuza, que atendió la recomendación del Sr. Estrada Palma y me ofreció la más decidida protección.

Pero la Caja de la Junta estaba exhausta y nunca pudieron reunirse los fondos necesarios para comprar el Café y Fonda "El Correo," hasta el extremo que tuve que desistir completamente de este proyecto.

De Tampa recibí del Comité, correspondencia y varios baules de dinamita que íbamos á sacar de la Machina Julián Valdés y yo; pero, ni un centavo en metálico.

El tiempo volaba y la situación se hacía cada vez más difícil y comprometida.

En Palacio se habían reforzado las guardias y ejer-

cían en él una rigurosa vigilancia, de modo que llegó á hacerse imposible introducirse en él nuevamente.

Se supo después que el General Weyler se paseaba solo por el Prado y vestido de paisano.

Se hizo entonces por descubrirlo en uno de estos paseos y volarlo con un petardo.

Este propósito se hizo también empresa vana, pudiendo Weyler, gracias á su buena suerte, escapar siempre á todas las celadas que se le prepararon.

Corrió el mes de Mayo y vino Junio sin haber hecho más que provocar á la Policía.

Á principios de este mes se concertó, á propuesta de Armando Ríos, realizar varias explosiones en Guanabacoa y lanzarnos de allí á la Revolución, llevándonos mucha gente que ardía en deseos de formar número en las filas cubanas.

Con este objeto hicimos varios viajes á Guanabacoa Armando Ríos y yo, sembrando en ella la propaganda consiguiente y preparándolo todo; pero fracasó también este proyecto que quedó en ciernes por falta de elementos.

Llegué á desesperarme, pero no decayó mi ánimo y persistí en mis gestiones estimulado por el dolor del agravio con que me obsequió el General Gómez.

Por fin, en el mismo bufete del Dr. González Lanuza tomamos una determinación que en principios se llevó á efecto.

Consistía en volar la cañería maestra del gas por la parte más cerca de la fábrica, á fin de dejar la población á obscuras una noche y en este estado hacer explotar en varios lugares (especialmente en edificios del Gobierno) varios petardos, y provocar grandes incendios con fósforo vivo que proporcionó Adriano Silva, dueño de la botica sita entonces en la calle de Suárez esquina á Gloria.

De esta última parte del proyecto se hizo cargo un joven de apellido Souto que después murió en la Revolución de fiebres y de hambre.

Realizado esto se conseguía también infundir la alarma y el desconcierto en nuestros enemigos.

El Asturiano se encargó de la fabricación de dos bombas de hierro que prometían mucho.

Y en la noche del 13 de Junio, acompañado de un moreno joven, vecino de Guanabacoa y recomendado por Armando Ríos, cuyo nombre siento con pena no recordar y que fué el infeliz sacrificado días después en aquella villa, á machetazos, por Fonsdeviela; esa noche con él y en un coche que conducía un hombre de toda nuestra confianza llamado Mayito Valdespino, nos dirigimos con las bombas, primero al Puente de Concha donde se quedó con una el moreno que he citado y que había de prender cinco minutos después de separarme de su lado mientras llegaba á colocar la otra al Puente de Cristina.

Por dichos puentes cruzaba la cañería maestra del gas cubierta por una gruesa capa de mampostería.

A las nueve en punto de la noche explotaron las dos bombas á un tiempo.

Esperábamos el estampido en la Calzada del Monte con los ojos fijos en los faroles de las calles.

Los más próximos á Cristina oxilaron cuando resultó aquél, pero no se apagaron.

Aguardamos diez minutos de mortal inquietud y acudimos á los puentes referidos.

Allí vimos que las bombas habían destrozado la mampostería que cubría la cañería maestra, que resistió la explosión sin romperse.

Achacamos el fracaso á la cubierta de mampostería que fué sin duda lo que libró á la cañería del efecto de la explosión, y aquella noche no pudieron, el Sr. Hubert de Blanc y los que estaban en el secreto, encender sus velas de sebo que en previsión tenían preparadas.

Ultima tentativa

Mientras yo me lamentaba del percance desgraciado, el Asturiano encontró en la Calzada del Monte núm. 300, á un mecánico y hojalatero llamado Ramón Pinillos, que había sido empleado instalador en la Empresa del Gas, y el cual se comprometió á enseñarnos un punto por donde cruzaba la cañería maestra sin mampostería que la cubrie-

ra, palpando allí el hierro limpio donde podía una bomba ejercer toda su acción libremente.

El punto indicado por Pinillos no podía ser más á propósito y volvimos á acariciar esperanzas de éxito.

En Hacendados, como á 500 metros de la Fábrica del Gas y en medio de un placer inmenso é inhabitado, hay un puente chico de madera sobre una cañada cenagosa.

Bajo este mismo puente y enterrada en el fango de la cañada, á media vara de profundidad, se descubrió la cañería maestra, practicando este pequeño trabajo de escavación el Asturiano y un amigo suyo llamado Ignacio Mejías.

La bomba la fabricó Ramón Pinillos: era de latón muy grueso, cilíndrica y tenía 30 pulgadas de largo por 6 de diámetro, conteniendo 20 libras de dinamita próximamente.

Yo la llevé al lugar destinado, á caballo, y envuelta en un hule negro delante de la montura, á manera de maletín.

Era la noche del 28 de Junio.

El Asturiano me esperaba en la cañada y gracias á la obscuridad total de aquella noche y á la soledad del despoblado, la operación no ofrecía riesgo de ninguna clase.

Se colocó la bomba poniéndole una mecha de tres varas de largo para que nos diera tiempo, una vez prendida, de alejarnos de aquellos contornos.

La mecha quedaba sobre el agua, pero era impermeable y no había que temer que se mojara.

Llegó el momento preciso y se le dió fuego, retirándonos inmediatamente hacia la Habana, esperando en el domicilio de Pinillos la explosión, que había de ocurrir á á los 25 minutos después de prendida la mecha.

Transcurrió una hora y nada turbó el silencio de la noche.

¿Qué había acontecido? ¿Habrían descubierto la bomba y evitado el lance en que nos empeñábamos?

Era preciso averiguarlo, y volvimos al Puente con la debida precaución.

El silencio y la tranquilidad más completa respondían á nuestras ansias cuando nos acercábamos.

Bajamos á la cañada y palpamos la mecha que estaba intacta,

No se veía en aquellas tinieblas; pero era indudable que la mecha se había apagado ¿para qué más examen?

El Asturiano la arrancó con rabia y la tiró á un lado.

Después nos volvimos á la Habana un poco desanimados.

Al día siguiente buscamos otra mecha que nos ofreciera más garantía.

José Valladares nos la facilitó, respondiéndonos de su eficacia, y por la noche retornamos á la cañada para usar la nueva mecha de cuya condición de impermeable no había dudas.

La habíamos sometido á varios experimentos que nos dieron los resultados más favorables.

Se colocó, pues, y se prendió.

A los 25 minutos sufríamos en la Calzada del Monte las mismas zozobras del día anterior.

Otra hora transcurió y nada se sintió, hasta que por fin volvimos á la cañada y allí estaba la bomba entera y la mecha apagada.

Yo deduje, y el Asturiano convino en ello, que después de 15 ó 20 minutos de estar la mecha en el agua perdía su propiedad de impermeable, que sólo sería efectiva un corto tiempo solamente.

Y resolvimos proporcionarnos una serie de tubillos de lata y encerrar en ellos la mecha, de manera que no tuviera el menor contacto con el agua.

Así se hizo, fabricando Pinillos los tubos de lata; pero aun con eso, obtuvimos la noche siguiente idénticos resultados á las anteriores.

La explosión no se efectuó después de tres noches de trabajos y peligros.

Hicimos una visita á la cañada de día claro y entonces se pudieron examinar bien las mechas que vimos con sorpresa, habían ardido todas perfectamente.

Se examinó la bomba y encontramos dentro los tres

fulminantes de las tres mechas respectivas estallados convenientemente.

La pésima calidad de la dinamita fué lo único que hizo inútiles nuestros esfuerzos.

No podía suponerse que se había mojado, porque la encontramos seca, y sobre todo, eso no hubiera sido inconveniente para la explosión.

Una dinamita de regular clase explota bajo del agua, pero la que habíamos empleado era aserrín y nada más que aserrín.

En la misma cañada abandonamos la bomba, dispuestos á no insistir más en nuestros proyectos de explosiones.

A la manigua

La policía investigó y lo supo todo; que si á la Revolución le faltó elementos, sobraron siempre traidores.

Empezáronse á hacer prisiones.

Comprendí que ya mi estancia en la Habana no tenía razón de ser y me dispuse á marchar al campo de la guerra.

Varios de la Junta me suplicaron que no me llevara al Asturiano, pues todavía pensaban utilizar sus servicios.

El cochero Mayito Valdespino quiso acompañarme á todo trance y le puso á su coche dos caballos en tanda.

En él nos dirigimos una mañana al domicilio de la patriota Ana Milián en San Rafael nº 70, donde yo tenía una habitación con depósito de armas y dinamita.

Este depósito quedó á cargo de Armando Ríos, por orden de la Junta, y aquel mismo día le hice entrega de él, tomando primero las armas y municiones que necesité para mi viaje y que acondicionamos en el respaldo del coche dentro de los cojines, suplantando su relleno de paja con balas y dos tercerolas desarmadas.

Concluida esta operación, salimos por la Víbora sin ningún tropiezo, y provistos de dos pases á Bejucal, que nos facilitó un Alcalde de Barrio mediante un centén.

Cruzamos por los pueblos de Arroyo Naranjo, Calabazar, Santiago de las Vegas y Rincón.

En todos ellos nos detenían, registraban el coche, nos exigían el pase y las cédulas y nos dejaban continuar.

Así llegamos á las lomas de la Sierra, media legua antes de llegar á Bejucal, y allí dejamos la calzada internándonos algo en la manigua para hacer alto en un punto que nos pareció conveniente.

Rápidamente nos armamos y abandonando el coche en el manigual, partimos en los caballos en pelo.

Una hora después nos encontramos Mayito y yo en el Campamento del malogrado Coronel Juan Delgado.

Desde allí le dí cuenta al General Maceo del resultado de mis gestiones en extensa comunicación que conserva el que fué su Jefe de Estado Mayor, General José Miró y Argenter.

Después me enteré por los periódicos de las prisiones del Dr. Lanuza, Ldo. Zayas, Ana Milián, Hubert de Blanck, Adriano Silva, el Asturiano y otros más hasta el número de 42, entre los que descolló por su heroismo excelso el sufrido Armando Ríos, que en sus declaraciones asumió él solo la responsabilidad, con la idea generosa de salvar á los demás sacrificándose él.

Toda la Habana lo recuerda con admiración, y á sus mismos jueces infundió respeto su valiente aptitud.

Viéndose el caso raro que los mismos que lo condenaron mostraron interés por salvarlo y se libró de la pena de muerte que él mismo con altivez pedía á los Tribunales.

Al Asturiano le hicieron sufrir en las partes más sensibles de su cuerpo el horrible tormento del tortor para obligarlo á delatar á todos los complicados en la causa de la dinamita; pero el valor de este hombre no cedió á los tormentos y no habló nada que no fuera conveniente.

Todavía hoy puede mostrar las cicatrices que le dejara, para recuerdo eterno, el cáñamo español.

El Asturiano es hoy vigilante de Policia en el 8º Prescinto.

Respecto á la bomba de la cañada, supe también que había sido descubierta por La Barrera, Jefe de Policía, y que la extrajo él personalmente de la cañada *con grave riesgo de su vida,* dijo la Prensa.

Conclusión

Esta es la historia de las explosiones en la ciudad de la Habana en los meses de Abril y Junio del año 1896, que fueron un fracaso debido á la mala calidad de la dinamita, y á la falta de otros recursos, causas que me privaron de haberle prestado á Cuba un buen servicio y el placer inmenso de haber hecho rectificar al General Gómez su triste opinión de mi persona; aunque esto de ningún modo hubiera servido de reparación á la ofensa. Esta existirá latente siempre, mientras me queden alientos de vida.

En dos ocasiones posteriores intenté mis proyectos nuevamente y entré y salí varias veces en la ciudad de la Habana; pero los mismos inconvenientes de siempre me obligaron volver al campo y acabar la guerra allí, descontento de mí mismo y de mi suerte adversa y sin ventura.

FIN

NO CIRCULANTE



PRESTAMO INTERNO BP-15

No.	COD.	FECHA DEV.	OP.
		17/02/10	03